



■ <https://rehabitemesruralitats.org>

El mundo rural frente al colapso. De los oportunistas a las oportunidades

A D R I Á N A L M A Z Á N G Ó M E Z
Ecologista y libertario

Son tiempos de colapso ecosocial. La agresión del capitalismo, de su modo de vida, sobre la naturaleza (Gaia), ha ocasionado un daño prácticamente irreversible hasta el punto de estar en juego la propia existencia de la especie humana y gran parte de la vida del planeta.

En este proceso, la recuperación de la vida y cultura rural se convierten en la opción alternativa necesaria.

Una guerra contra Gaia

Han pasado ya varios siglos desde que declarásemos una guerra abierta y sin cuartel a la naturaleza, a Gaia¹. Nuestro actual modo de vida capitalista e industrial ha sido únicamente posible gracias a la explotación del trabajo invisible de las mujeres de todo el mundo, al saqueo colonial de todos los territorios del planeta y, sobre todo, al acceso abundante y barato a todo tipo de recursos, muy en especial a los combustibles fósiles. El ejército del consumo y de la producción industriales han ido lenta pero contundentemente ganando posiciones, tomando en su avance casi todas las posiciones estratégicas en una sociedad como la nuestra: la economía, la vivienda, la movilidad, la cultura, el amor, los sueños, la alimentación... En mi último libro, inspirado por Ivan Illich, defiendo que en los últimos siglos hemos sufrido una Gran Expropiación². Se han erosionado nuestras sociedades, nuestras capacidades políticas, nuestra imaginación, nuestra autonomía material y la propia Gaia. ¿Con qué objetivo? Hacer de todos ellos vías para la acumulación capitalista y reducirlos a las lógicas estrechas de la

gestión burocrática estatal, cada vez más encarnada e impulsada por los procesos de digitalización e informatización del mundo³.

Por tanto, la guerra empezó mucho antes que las tropas de Putin atravesaran la frontera ucraniana. Y es una guerra que, como casi todas, promete tener resultados desastrosos. En su escalada, esta guerra entre el mundo capitalista industrial y Gaia ha traído consigo fenómenos como el cambio climático o la pérdida de biodiversidad. Y, aunque nos solamos negar a verlo, nuestra ecodependencia e interdependencia nos aseguran que esta agresión a Gaia nos supondrá represalias. No hablo del castigo de un ente consciente y superior que nos atacaría deliberadamente, tomándose la revancha. Por desgracia nos encontramos ante represalias suicidas, fruto de nuestra obsesión autodestructiva por el crecimiento económico y de la erosión de las condiciones de subsistencia en la que llevamos siglos embarcados.

Por tanto, somos aprendices de brujo que olvidaron hace tiempo que, aunque pueden destruir casi todo, no controlan casi nada. Y en la guerra contra Gaia, como

Y AUNQUE ES INNEGABLE QUE LA MINERÍA O EL ESCLAVISMO HAN SIDO FUNDAMENTALMENTE SUFRIDOS POR CONTINENTES COMO EL AMERICANO O EL AFRICANO, Y QUE SIN ELLAS ES IMPOSIBLE COMPRENDER EL ACTUAL CAPITALISMO INDUSTRIAL, NO DEBEMOS OLVIDAR QUE EN NUESTRO TERRITORIO TAMBIÉN SE APILAN LOS CADÁVERES. Y EL MÁS IMPORTANTE DE ENTRE ELLOS ES EL DE LA CIVILIZACIÓN RURAL Y CAMPESINA



■ Una de las edificaciones rehabilitadas en Fraguas (Guadalajara) por los repobladores. — PERIÓDICOCLM

en casi todas, parece claro que casi solo existirán perdedores. Por tanto, si no queremos ser un pueblo cómplice que, empuñando o no un arma, sea responsable de la destrucción en curso, necesitamos alzar la voz en su contra y tomar medidas concretas para frenarla. Necesitamos no solo un movimiento antimilitarista y antinuclear ahora que el conflicto en Ucrania vuelve a poner frente a nosotros la amenaza de la erradicación masiva de la vida humana (y gran parte de la no humana), sino un movimiento que asuma que nos estamos adentrando a pasos agigantados en un colapso ecosocial⁴ que va a tomar diferentes formas – pandemias, conflictos por los recursos (¿cómo no ver el gas natural como telón de fondo de lo que ahora sucede en la frontera europea?), sequías, fenómenos climáticos extremos, etc. – y que nos asegura que la normalidad de los años dorados del boom capitalista e

industrial han quedado atrás para siempre. En la posibilidad de construir un movimiento como éste el territorio no urbano puede jugar un papel clave.

Colapso y mundo rural: un tapiz de contradicciones

El mundo rural supone un espacio paradigmático tanto para analizar la naturaleza y las etapas de la guerra contra Gaia como para pensar en las luchas presentes y aquellas que pueden estar por venir. Al menos así lo venimos defendiendo desde hace tiempo algunas personas⁵. Por un lado, cuando hablamos del dominio colonial e imperial del territorio, y del extractivismo como combustible crucial de la guerra contra la vida, solemos erróneamente pensar únicamente en los territorios del Sur. Y aunque es innegable que la minería o el esclavismo han sido fundamentalmente

MILLONES DE HECTÁREAS DE BOSQUE DESAPARECEN PARA DAR PASO A LOS MONOCULTIVOS DE SOJA TRANSGÉNICA O PALMA, REGIONES ENTERAS DEL MUNDO (ENTRE ELLAS LA PENÍNSULA IBÉRICA) VEN SUS TERRITORIOS DEGRADADOS Y EXPOLIADOS ANTE LA PANDEMIA DE MACROGRANJAS QUE SE EXTIENDEN SIN CONTROL



■ Área de deforestación ilegal de vegetación nativa de la selva amazónica brasileña

sufridos por continentes como el americano o el africano, y que sin ellas es imposible comprender el actual capitalismo industrial, no debemos olvidar que en nuestro territorio también se apilan los cadáveres. Y el más importante de entre ellos es el de la civilización rural y campesina.

Durante milenios, en territorios como el nuestro y bajo el marco de regímenes políticos de diversa índole, se desplegó un modo de vida que tenía como centro la subsistencia. Como ilustran a la perfección reflexiones como las de Marc Badal⁶ o Maria Mies⁷, el mundo campesino no fue una fase transitoria, atrasada y vacía de contenido que superar, una plataforma sobre la que la historia podía desplegarse y vestirse con las galas aceradas del mundo industrial. Al igual que los pueblos originarios, las sociedades campesinas suponían una forma de hábitat excep-

cional y diversa en todos los ámbitos: el económico⁸, el imaginario, el institucional, el metabólico⁹, etc. Y el centro de esta excepcionalidad civilizatoria fue siempre la tierra, su cuidado y trabajo y la posibilidad de sostener la vida a través del conjunto de prácticas simbióticas como el acervo agrícola y ganadero tradicional¹⁰. Estas prácticas han casi desaparecido hoy casi ante su imposibilidad de encarnarse en cuerpos concretos y prácticas situadas en el territorio.

La tierra, pese a ser una de las mercancías ficticias que definió Polanyi, fue de los primeros objetivos de la Gran Expropiación industrial de la existencia. Se empezó por privatizarla y mercantilizarla, quebrando la línea que unía los comunes, la comunidad y la subsistencia. Pero, poco después llegó la desfiguración de la propia activi-

LOS ANTIGUOS CAMPOS DE CULTIVO SE CONVIERTEN EN ESPACIO DE PASO PARA LAS INFRAESTRUCTURAS ELÉCTRICAS O, DIRECTAMENTE, EN TERRENO SUSCEPTIBLE DE CONVERTIRSE EN UN POLÍGONO DE PRODUCCIÓN ENERGÉTICA SOLAR O EÓLICA PARA SOSTENER LAS DESMESURADAS DEMANDAS DE LAS POBLACIONES DE LOS CENTROS URBANOS

dad agrícola para convertirla en una práctica industrial más obsesionada con la rentabilidad económica, el control y el gigantismo. Tractores, concentración parcelaria, semillas mercantilizadas, fertilizantes químicos, macrogranjas, transgénicos, insecticidas... Todos y cada uno de ellos soldados rasos de un conflicto que, por el camino, ha dejado los cuerpos inermes de la memoria tradicional, las pequeñas parcelas, la fertilidad del suelo, el clima, el acervo técnico, la biodiversidad o la soberanía alimentaria. Nos encontramos, por tanto, en el callejón sin salida de una pérdida de fertilidad de la tierra a gran escala, de un cambio climático cada vez más acelerado y de una dependencia casi total de los combustibles fósiles para que las prácticas agrícolas industriales puedan seguir en funcionamiento. Somos, como bien decía Escalante, funambulistas que a duras penas se sostienen en la cuerda floja de un sistema insostenible, injusto y depredador.

No obstante, casi todo sigue su curso ignorando nuestra situación precaria. Millones de hectáreas de bosque desaparecen para dar paso a los monocultivos de soja transgénica o palma, regiones enteras del mundo (entre ellas la Península Ibérica) ven sus territorios degradados y expoliados ante la pandemia de macrogranjas que se extienden sin control, los cultivos tecnificados y dependientes de insumos fósiles siguen desplazando en todo el mundo a una ganadería y agriculturas tradicionales que, aun así, continúan alimentando a la mayor parte del planeta... Es más, lo que se anuncia ya a bombo y platillo es la continuación de la intensificación productiva por otros medios, los digitales. Bienvenidos a la era de la agricultura 4.0. Si hemos sustituido a las y los trabajadores de fábricas, supermercados, oficinas o taquillas por máquinas, ¿por qué no hacer lo propio con las y los trabajadores del campo? Después de haber reducido los procesos de la vida a una lógica maquina y haber convertido al campesinado en obreros agrarios «robotizados» y sin autonomía ¿no es el paso lógico prescindir de los propios seres

humanos o, como promete la agricultura hidropónica, incluso de la propia tierra? Eso, claro, si la contracción de nuestro acceso a energía y materiales ya en curso no pone un límite brusco a estos nuevos delirios industriales. No olvidemos que las reservas de combustibles fósiles¹¹ siguen declinando y que nuestro modo de vida industrial tiene un efecto sobre Gaia comparable al del meteorito que acabó con la vida de los dinosaurios. ¿Parece sensato que, en un contexto así, un ámbito tan crucial para la vida como la alimentación quede en las manos de las especulaciones fantasiosas de los vendehumos de la agricultura 4.0., inseparables de un acceso estable y continuado a todo aquello que cada vez se va haciendo más escaso?

El tipo metamorfosis metabólica que ha supuesto la industrialización de la producción de alimentos es inseparable de una transformación mucho más profunda en la que la propia alma de la civilización campesina se ha transfigurado, cuando no directamente extinguido. Los territorios no urbanos han pasado a convertirse en un espacio de juego de las fuerzas del capitalismo industrial, se han visto obligados a transformarse en un espacio subalterno que se desgarró dividido entre el deseo no cumplido de dejar de ser rural y hacerse por fin urbano y la imposición material de ponerse al servicio del mundo urbano, incluso a costa de su propio sacrificio.

Cada vez más nuestros pueblos son una mezcla de modos de vida urbanos a pequeña escala, trabajo industrial de la agricultura, espacios de segunda residencia y parques temáticos turísticos en los que sus habitantes se ven forzados a recrear con fines mercantiles sus antiguos modos de vida. Lo común desaparece y el territorio ya no da cobertura a la subsistencia, sino a la acumulación. Los antiguos campos de cultivo se convierten en espacio de paso para las infraestructuras eléctricas o, directamente, en terreno susceptible de convertirse en un polígono de producción energética solar o eólica para sostener las desmesuradas demandas de las poblaciones de los centros urbanos.

SON MUCHOS LOS OPORTUNISTAS QUE HAN ENCONTRADO EN LA «DEFENSA» DEL MUNDO RURAL UNA NUEVA EXCUSA PARA SEGUIR ENRIQUECIÉNDOSE O GANAR POSICIONES DE PODER

Es así como los territorios no urbanos han visto su memoria erosionada, su conocimiento material casi perdido y su deseo dirigido hacia la vida urbana. La consecuencia esperable de todo ello: los pueblos se vacían y se ven reducidos a desierto sociológico, vertedero y espacio de sacrificio. Una vez el imposible ha sido vencido¹², ¿qué opciones le quedan a eso que antes era el mundo rural?

De los oportunistas...

Aunque con décadas de retraso, la situación de los territorios no urbanos en el territorio español ha comenzado a percibirse como problemática por casi todo el mundo. Esta inquietud se ha aglutinado en torno al discurso de la España Vacía, que en su propia formulación reduce el complejo tapiz de transformaciones que anteriormente describíamos a una mera crisis demográfica. Algunos, con la sensación de estar ya realizando un gesto casi rupturista, se lanzan a hablar más bien en términos de España Vacía rompiendo así con la impresión de un vaciamiento mágico, absoluto y sin responsables que resonaba en la fórmula inicialmente acuñada por Sergio del Molino¹² y, en abstracto, señalar que existen responsables del proceso – quienes éstos sean, rara vez se nos dice.

Esta inquietud extendida ha servido para que el «campo» comience a vivir un proceso tibio pero constante de politización en la última década. Se comienza a pasar de la invisibilidad al reconocimiento y se abre una lucha por construir un relato propio y definir tanto los deseos de futuro como las vías prácticas para alcanzarlo. No obstante, como suele ser habitual, la definición de este relato y de esta lucha de transformación se encuentra atravesada por las contradicciones y surcada por el conflicto en casi todos sus ámbitos.

Por un lado, tendríamos la sensibilidad de grupos y partidos políticos para los que el desafío central al que se enfrenta el mundo rural es el demográfico. Plataformas como Soria Ya o diversos partidos de un espectro que va desde el PSOE hasta Teruel Existe plantean que es posible mantener todo igual y simplemente realizar peque-

ñas modificaciones técnicas que permitirán repoblar y modernizar de manera armoniosa los territorios no urbanos en un proceso en el que todos ganen. Obsesionados con las infraestructuras de transporte y de telecomunicaciones, estos actores ven a nuestros pueblos convertidos en espacios suburbanos en los que predomine el teletrabajo, la gente pueda desplazarse en coche con toda comodidad hasta las capitales y se corrija la actual carencia de hospitales y escuelas – necesidad que, aunque es evidente, no supone más que la punta del iceberg de los problemas que anteriormente detallábamos.

En convergencia parcial con este discurso, pero con una identidad propia, se sitúan los nuevos actores de extrema derecha, encarnados fundamentalmente en torno al partido Vox. Para éstos el problema del mundo rural se encontraría fundamentalmente en el orden identitario. Los «pueblos» serían los reservorios de una identidad española asediada y condenada que tiene el derecho a defenderse de los embates de buenrollistas, ecologistas y migratorios. Pero no nos dejemos engañar, como demuestra claramente el reciente ataque al ayuntamiento de Lorca al hilo de votación que pretendía poner coto a la instalación de macrogranjas en el municipio, en este discurso existe también una defensa explícita de la muy particular forma de organizar la vida, la producción y el territorio que la agricultura y ganaderías industriales han construido en las últimas décadas.

Tanto en una versión como en la otra, lo que en realidad nos encontramos es un cierre en banda y una defensa a ultranza del *status quo*. Paradójicamente, o no, lo que estos actores están logrando es politizar el malestar de la población de los territorios no urbanos no en la dirección que podría revertir los procesos que llevan siglos expropiándolos, minorizándolos y erosionando su vida y su territorio, sino en la dirección totalmente contraria. El malestar de los pueblos se convierte en la defensa de más autopistas, más conexión a internet ultrarrápida, más turismo, más macrogranjas o más caza indiscriminada. Es decir, la defensa de los intereses de las ciudades. Ya sea de los actores empresariales que se benefician de la



■ <https://enklandestino.home.blog/2019/01/20/fraguas-revive-la-lucha-por-modelos-alternativos/>

explotación del territorio, de los urbanitas que requieren de toda la panoplia de infraestructuras para seguir manteniendo su modo de vida, del turismo que exige un respiro de la opresión de la vida salarizada, de los señoritos que quieren seguir cazando en sus cortijos, de los caciques locales que se embolsan millones a costa de degradar el territorio y gracias a las condiciones de precariedad de la población... Son muchos los oportunistas que han encontrado en la «defensa» del mundo rural una nueva excusa para seguir enriqueciéndose o ganar posiciones de poder.

... a las oportunidades

No obstante, cabe preguntarse, ¿no hay nadie en los territorios no urbanos hoy con una propuesta transformadora, con una praxis antagónica a la del capitalismo industrial? ¿No existe también en el mundo rural la oportunidad de, como algunos hemos defendido, llevar a cabo un rearme ideológico y práctico que dé la espalda al industrialismo y trate de construir una praxis política emancipatoria en tiempos de colapso ecosocial?

Mi intuición es que, si los «oportunistas» están reaccionado con tanta rapidez y, en ocasiones, virulencia es porque durante ya más de dos décadas se ha ido construyendo de manera silenciosa pero constante una nueva identidad política en los pueblos de toda la península en torno a ideas como agroecología, autonomía material o

ecofeminismo. Son muchas las personas y colectivos que apuestan por poner de nuevo la subsistencia en el centro de su lucha. No, por supuesto, tratando de revivir un pasado irrecuperable y emulando las comunidades campesinas ancestrales. Sino, más bien, poniendo en marcha nuevas resistencias que se inspiren de su poesía y puedan transformar aquí y ahora un modo de vida industrial que se percibe tan alienante como destructivo.

Bajo el Asfalto está la Huerta (BAH), Ganaderas en Red, Fraguas, Sieso de Jaca... y otras miles de experiencias. Todos ellos colectivos, lugares y gentes para los que volver a situarse en el territorio, habitarlo más que rehabilitarlo en una mera repetición de la vida urbana, constituye el gesto político más urgente, el más necesario hoy. Una nueva sensibilidad política para la que la tierra, y su capacidad de sostener la vida, debe volver a situarse en el centro. Una nueva forma de habitar en la que la necesidad y el deseo de relacionarnos de otra manera con la naturaleza y entre nosotros pasa de la idea a la acción. Se encarna en cultivos, bosques, asambleas de productoras, okupación, apoyo mutuo y defensa del territorio.

Es indudable que la importancia cuantitativa a nivel poblacional o económico de todo este magma de iniciativas sigue siendo relativamente pequeña. Esta nueva sensibilidad en el estado español es todavía dispersa, abarcando desde el urbanita que se compromete con un lugar tratando de echar en él raíces hasta las coope-

rativas de producción agroecológica o los colectivos en defensa del territorio. No obstante, su modestia cuantitativa no debería llevarnos a subestimar su enorme importancia cualitativa. En muchas de estas experiencias encontramos al menos dos elementos cruciales. El primero, el ejemplo vivo de que es posible vivir de una forma diferente a la que nos ofrece el capitalismo industrial con su incesante necesidad de expropiación. Frente a los que ven en el decrecimiento una utopía imposible, miles de cuerpos y territorios nos ofrecen la prueba viva de que éste puede ser también una opción vital, una experiencia, un cuerpo colectivo.

Y en ello reside su segunda importancia crucial, la de actuar como laboratorios de cambio de la sensibilidad y la imaginación. Estoy convencido de que cultivar los propios alimentos, atender al cambio de las estaciones, pasear regularmente por el bosque y tratar de hacerse familia con los que lo habitan, establecer lazos de confianza con las vecinas y vecinos, hacerse cargo de muchos más ámbitos de la subsistencia o trabajar con las propias manos tienen una capacidad infinitamente mayor de transformar nuestros deseos e imaginarios y, por tanto de, orientarnos hacia el tipo acción política que puede ayudarnos a fracasar mejor en tiempos de colapso, infinitamente mayor que todas las lecturas, diagnósticos e informes.

Por ello, en una época en la que la sociedad capitalista e industrial en general, y la agricultura y la ganadería industriales en concreto, van a ser cada vez más incapaces de garantizarnos esa normalidad que tanto ansiamos,

cultivar esta nueva ruralidad es crucial. En ella se encuentra la posibilidad de que a medida que las condiciones de habitabilidad se compliquen y las tensiones en los mundos urbanos aumenten – y pueden aumentar mucho si asistimos a una quiebra de cadenas de suministro claves como ya sucedió en la pandemia y puede suceder en cualquier momento en el nuevo clima bélico –, surja un movimiento emancipatorio que lucha por la igualdad, la justicia y la autonomía dando la espalda a nuestros actuales modos de vida imperiales y optando más bien por hacerse humildemente cargo de la subsistencia.

Basta echar un vistazo a Francia, nuestro país vecino, y al movimiento de las ZAD para darse cuenta de que el escalado político y material de este tipo de sensibilidad y práctica política puede estar mucho más cerca de lo que creemos. Es urgente que, frente a los oportunistas y su enriquecimiento egoísta gracias a la trayectoria de colapso en curso, aprovechemos la oportunidad (no exenta de conflicto, claro) de crear un movimiento capaz de, aquí y ahora, defender el territorio habitándolo de otro modo, hacer del decrecimiento una propuesta de vida deseable y no una renuncia difícil de concebir. Sólo así tendremos alguna oportunidad de poder dar una batalla que no esté perdida de antemano al encontrarse nuestra subsistencia absolutamente subyugada a los imperativos del capitalismo industrial. Solo así podremos, quizá, tratar de alcanzar una tregua con Gaia en la que nos va la vida propia y la de muchos de los seres vivos que forman el complejo tapiz de vida en el que tenemos el privilegio de habitar.

Notas

¹ de Castro Carranza, Carlos: *El Origen de Gaia: una teoría holista de la evolución*. Madrid: Libros en Acción, 2020.

² Almazán Gómez, Adrián: *Técnica y tecnología: cómo conversar con un tecnólogo*. Madrid: Taugetnit, 2021.

³ Grupo Marcuse: *La libertad en coma: contra la informatización del mundo*, trad. Adrián Almazán Gómez y Salvador Cobo Marcos, Segunda. Madrid: Ediciones El Salmón, 2019.

⁴ Fernández Durán, Ramón y González Reyes, Luis: *En la espiral de la energía*, Segunda, II vols. Madrid: Libros en Acción, 2018.

⁵ Almazán Gómez, Adrián y Escalante Moreno, Helios: «Volver al campo mientras el mundo se derrumba», *Viento Sur*, abril de 2017; Almazán Gómez, Adrián y Escalante Moreno, Helios: «Escapar para luchar: fuga y emancipación en el encierro del capitalismo industrial», *Salamanca*, 2021.

⁶ Badal Pijuan, Marc: *Vidas a la intemperie: notas preliminares sobre el campesinado*. S.l.: Campo Adentro, Servicio de Publicaciones, 2014.

⁷ Mies, Maria y Bennholdt-Thomsen, Veronika: *The Subsistence Perspective: Beyond the Globalised Economy*. New York: St. Martin's Press, 1999.

⁸ Chayanov, A. V. : *The Theory of Peasant Economy*. Madison, Wis: The University of Wisconsin Press, 1986.

⁹ González de Molina., Manuel y Manuel Toledo, Víctor: *Metabolismos, naturaleza e historia: hacia una teoría de las transformaciones socioecológicas*. Barcelona: Icaria Editorial, 2011.

¹⁰ Sevilla Guzman., Eduardo y González de Molina Navarro, Manuel (eds.): *Ecología, campesinado e historia*. Madrid: Las Ediciones de la Piqueta, 1993.

¹¹ Escalante Moreno, Helios: «La agricultura mundial, en la cuerda floja de los fertilizantes químicos», *El Salto diario*, 2 de febrero de 2020, Digital edición, sec. Agricultura, <https://www.elsaltodiario.com/agricultura/agricultura-mundial-cuerda-floja-fertilizantes-quimicos>.

¹² del Romero Renau, Luis: *Despoblación y abandono de la España rural: el imposible vencido*. Valencia: Tirant Humanidades, 2018.

¹³ del Molino, Sergio: *La España vacía: viaje por un país que nunca fue*. Madrid: Turner Publicaciones, 2016.

¹⁴ Riechmann, Jorge: *Fracasar mejor: fragmentos, interrogantes, notas, protopoemas y reflexiones*. Tarazona: Olifante, 2013.

¹⁵ Brand, Ulrich y Wissen, Markus: *Modo de vida imperial. Vida cotidiana y crisis ecológica del capitalismo*. Argentina: Tinta Limón, 2021.

¹⁶ Mies, Maria: «La Perspectiva de Subsistencia» (Colonia, 2005), <https://transversal.at/transversal/0805/mies/es>.

¹⁷ Collectif Mauvaise troupe: *Defender la ZAD*. Barcelona: Descontrol, 2017.



■ Deforestación para pastoreo y explotación forestal